

6.º domingo ordinario C



***Maldito quien confía en el hombre.
Bendito quien confía en el Señor. (Jr 17,5.7)***

Primera lectura

Jeremías 17,5-8

Así dice el Señor: Maldito quien confía en el hombre, y en la carne busca su fuerza, apartando su corazón del Señor. Será como un cardo en la estepa, no verá llegar el bien; habitará la aridez del desierto, tierra salobre e inhóspita.

Bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su confianza: será un árbol plantado junto al agua, que junto a la corriente echa raíces; cuando llegue el estío no lo sentirá, su hoja estará verde; en año de sequía no se inquieta, no deja de dar fruto.

Segunda lectura

1 Corintios 15,12.16-20

Hermanos y hermanas: Si anunciamos que Cristo resucitó de entre los muertos, ¿cómo es que decía alguno que los muertos no resucitan? Si los muertos no resucitan, tampoco Cristo ha resucitado. Y si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido, seguid con vuestros pecados; y los que murieron con Cristo, se han perdido. Si nuestra esperanza en Cristo acaba con esta vida, somos los hombres más desgraciados.

¡Pero no! Cristo resucitó de entre los muertos: el primero de todos.

Evangelio

Lucas 6,17.20-26

En aquel tiempo bajó Jesús del monte con los Doce y se paró en un llano con un grupo grande de discípulos y de pueblo, procedente de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y de Sidón.

El, levantando los ojos hacia sus discípulos, les dijo:

Dichosos los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios.

Dichosos los que ahora tenéis hambre, porque quedaréis saciados.

Dichosos los que ahora lloráis, porque reiréis.

Dichosos vosotros cuando os odian los hombres, y os excluyan, y os insulten y proscriban vuestro nombre como infame, por causa del Hijo del hombre. Alegraos ese día y saltad de gozo, porque vuestra recompensa será grande en el cielo. Eso es lo que hacían vuestros padres con los profetas.

Pero ¡ay de vosotros los ricos, porque ya tenéis vuestro consuelo!
¡Ay de vosotros los que estáis saciados, porque tendréis hambre!
¡Ay de los que ahora reís, porque haréis duelo y lloraréis!
¡Ay si todo el mundo habla bien de vosotros! Eso es lo que hacían vuestros padres con los falsos profetas.

Meditación

Sobre el fondo de la elección de los apóstoles, la reunión de los discípulos y el ansia de los pueblos que se acercan anhelantes, Jesús ha pronunciado su palabra decisiva. Quien la acoge es su discípulo; apóstol es quien la propaga. El mundo es el conjunto de los hombres que deben escucharla.

En esa palabra de las bienaventuranzas se define el mensaje de Jesús frente al conjunto de verdades limitadas que propagan los hombres de este mundo. Según los fariseos, Dios se encuentra con aquéllos que obedecen la exigencia de la ley; otros suponen que Dios se manifiesta en la experiencia interna, otros le encuentran en los ritos sagrados; otros, finalmente, le vislumbran en un juicio del futuro que destruye el mundo pervertido. Jesús no ha criticado abiertamente esas posturas. Sin embargo, su palabra presupone que Dios se ha revelado como el poder de salvación que acoge a los pequeños de la tierra, enriqueciéndoles internamente (ofreciéndoles el reino).

Las bienaventuranzas constituyen, según eso, la expresión de la presencia de Dios (o de su reino) en la existencia de los hombres. Lo que en ellas se proclama es un misterio de gracia y de bondad que sobrepasa todo el equilibrio religioso de la tierra. Los pobres, los hambrientos, los que lloran tienen ya la vida y son felices. Son felices no en sí mismos – por ser pobres o perdidos – sino porque descubren que Dios les enriquece en Jesucristo. El pobre no es rico simplemente en su pobreza material; es rico porque en medio de toda su miseria Dios les está ofreciendo el Reino. Esta proclama de Jesús descubre que la vida de los hombres tiene una dimensión escondida que no puede vislumbrarse con los ojos de la tierra.

Situada en esta dimensión, la pobreza no se identifica con la penuria material, sino con la indigencia del hombre que se descubre necesitado y se abre hacia la gracia (el bien, la justicia, la vida). Por el contrario, es rico el fariseo que se apoya en la seguridad de sus acciones o sus leyes; como es rico quien se asienta sobre la abundancia de bienes materiales. Pobre es, en cambio, el que se abre a Dios y llama, el que no puede sostener su vida en leyes, seguridades o riquezas de la tierra, aquel que llora, padece necesidad, está indefenso.

Esta interpretación de las bienaventuranzas no elimina de la lista de los pobres a los que padecen necesidad física. Ellos siguen siendo precisamente el prototipo de los indigentes que careciendo de toda seguridad en el mundo pueden recibir (reciben) el don de gracia que es el reino. Los pobres de todo tipo y confesión, los que se mueven perdidos por las rutas más extrañas de la tierra, han recibido aquí su bienaventuranza porque Jesús les ha ofrecido un reino que es principio de riqueza, de alegría y de abundancia.

No interpretaríamos correctamente las bienaventuranzas si olvidamos su parte negativa, las lamentaciones. El reino se ofrece libremente y por eso abre ante los hombres un círculo de posible maldición. Sin ese riesgo del fracaso, sin la posibilidad de permitir que la riqueza de la vida nos destruye internamente, las palabras de Jesús no habrían respetado nuestra libertad. El reino de Jesús no mata, no empobrece, no destruye, pero a su luz se ha desvelado la terrible suerte de aquéllos que buscando la seguridad en el poder, en la riqueza y alegría de la tierra, oprimen a los otros y destruyen la propia realidad de su existencia. Quien haya escuchado estas palabras de Jesús, descubrirá que, en un mundo en que los pobres sufren hambre, toda riqueza de la tierra encerrada en sí misma se convierte en maldición para su dueño.